

insultos, de todas aquellas injurias, como Jesucristo se habia vengado de sus verdugos, perdonándolos.

No hay para qué decir si fué rápida la reaccion: al punto los gritos de ¡viva San Genaro! resonaron de un extremo á otro de la ciudad; todas las campanas se echaron á vuelo, todas las iglesias entonaron himnos; corrieron al sitio en donde se habia arrojado la estatua al mar; le llamaron de redes, y se llamaron á los mejores buzos para que reconociesen el sitio donde yacia la preciosa efigie. Pero entonces un anciano pescador hizo señal de que le siguiesen. Condujo aquella multitud á su cabaña; en seguida, habiendo entrado solo en ella, salió un momento despues, llevando en sus brazos la estatua del santo.

La misma noche en que fué precipitada desde lo alto del muelle, la habia sacado del mar y la habia llevado á su casa como un objeto preciosísimo.

La estatua fué al punto trasladada á la catedral de Santa Clara, y al dia siguiente reinstalada con gran pompa en la capilla del Tesoro.

En cuanto al pobre San Antonio, fué degradado de todos sus titulos y honores y desde áquel momento, clasificado por los napolitanos un grado mas inferior que San Cayetano.

Desde aquel dia, la devocion á San Genaro, lejos de disminuir, ha ido cada vez mas en aumento.

He oido en una iglesia la plegaria de un lazzaroni: pedia á Dios suplicase á San Genaro le hiciese ganar á la loteria.

XXIII

EL CAPUCHINO DE RESINA

El Vesubio, de que todavía nos hemos ocupado muy poco, pero del que volveremos á hablar mas adelante, es el término medio entre el Etna y el Stromboli.

Podria, pues, con toda tranquilidad de conciencia remitir á mis lectores á las descripciones que he dado ya de los otros dos volcanes.

Pero en la naturaleza como en el arte, en la obra de Dios como en el trabajo del hombre, en el volcan como en el drama, al lado del mérito intrinseco está la reputacion.

Aunque los verdaderos estrenos del Vesubio en su carrera volcánica datan apenas del año 79, es decir, de una época en que el Etna era ya viejo, se ha ejercitado

tanto despues en sus cincuenta erupciones sucesivas, se ha aprovechado de tal modo de su admirable posicion y de su magnífica colocacion en la escena, ha hecho tanto ruido y dado tanto humo, que no solo ha eclipsado el nombre de sus antiguos colegas, que no tenian ni fuerza ni talla para luchar con él, sino que casi ha eclipsado la gloria del rey de los volcanes, del temible Etna, del gigante homérico.

Preciso es convenir tambien en que se ha revelado al mundo por un golpe maestro.

Envolver el mar y la campiña con una nube sombría; esparcir el terror y la noche en una inmensa estension; enviar sus cenizas hasta el Africa, Siria y Egipto; hacer desaparecer ciudades, tales como Herculano y Pompeya; asfixiar á una luega de distancia á un filósofo como Plinio, y obligar á su sobrino á inmortalizar la catástrofe por una admirable epístola; confesareis que no es poco para un volcan que empieza, y para un ignívomo que debuta.

Desde esa época no ha economizado nada el Vesubio para justificar la celebridad que se habia adquirido de una manera tan terrible é imprevista. Tan pronto estallando como un mortero y vomitando por nueve bocas de fuego torrentes de lava, tan pronto levantando el agua del mar y arrojándola en hirvientes surtidores hasta el punto de ahogar á tres mil personas, ya coronándose con un penacho de llamas que en 1779 se elevó, segun el cálculo de los géométras, á diez y ocho mil piés de altura; sus erupciones, que se han podido ver exactamente retratadas en una coleccion de grabados en color, tienen todas un carácter diferente y ofrecen siempre el aspecto mas grandioso y pintoresco. Diríase que el volcan ha preparado sus efectos, variado sus fenómenos, graduado sus esplosiones con una perfecta inteligencia de su papel. Todo le ha servido para engrandecer su fama: las relaciones de los viajeros, las exageraciones de los guías, la admi-

racion de los ingleses que en su filantrópico entusiasmo darian su fortuna y sus mujeres además por ver una vez quemarse Nápoles y sus alrededores. Nada hay, hasta la lucha sostenida con San Genaro, lucha á la verdad en que el santo llevó toda la ventaja, que no haya aumentado tambien la gloria del Vesubio. Verdad es que el volcan ha concluido por ser vencido, como Satanás por Dios; pero una derrota semejante es mas grande que su triunfo. Asi que el Vesubio no solo es célebre, es tambien popular.

Se comprende despues de lo dicho, que me era imposible dejar á Nápoles sin presentar mis homenajes de respeto al Vesubio.

Hice, pues, prevenir á Francesco (1) que tuviese dispuesto el corricolo para el dia siguiente á las seis de la mañana, recomendándole fuera muy exacto, y uniendo á la recomendacion seis carlinos, único medio de hacerla eficaz.

Al amanecer del siguiente dia estaban á la puerta de la fonda Francesco y su fantástico vehiculo. Rehusó Jadin acompañarme en mi nueva ascension, alegando que su boceto seria mas exacto si no se movia de su balcón, y tratando de inducirme con toda clase de razones á que no me incomodara yo mismo por tan poca cosa. Segun decia era el Vesubio un volcan apagado hacia muchos siglos, como la Solfatara ó el lago de Agnan; solo que el rey de Nápoles hacia disparar allí de cuando en cuando fuegos artificiales para entretener á los ingleses. En cuanto á Milord, este participó completamente de la opinion de

(1) Al llegar aqui me apercibo de que tan pronto llamo á nuestro cochero Francesco, tan pronto Gaetano. Esto consiste en que habia sido bautizado bajo la invocacion de los dos santos, y le llamábamos Francesco cuando estábamos de buen humor, y Gaetano cuando estábamos con él incomodados.

su amo: el inteligente animal desde su baño en las hirvientes aguas del Vulcano, y su paso por las encendidas arenas del Stromboli, se había curado perfectamente de toda curiosidad científica.

Partí, pues, solo con Francesco.

El excelente conductor empezó por informarse con mucho respeto de si estaba indispuerto su esclencia mi camarada, tranquilizado sobre el objeto de sus temores, se apresuró á abandonar su tristeza de circunstancias, recobró su mas alegre aspecto, su sonrisa mas franca, y sonó su látigo con un redoble de buen humor. Sea que la presencia de Jadin le hubiese intimidado en nuestras discusiones precedentes, sea que se hubiese bebido su propina de la víspera, Francesco desplegó en todo el camino una imaginacion tan escéptica y de una incredulidad volteriana que de ningun modo habia sospechado en él, y que me admiraron singularmente en un hombre de su edad, de su condicion y de su pais.

Llegado al *Ponte della Macdatena*, pasó con mucha gallardía entre las dos estatuas de San Genaro y San Antonio, silbando afectamente á sus caballos y gritando paso á la gente, para no hacer el saludo de costumbre á los dos protectores de la ciudad.

Como en rigor podia esta primera irreverencia contarse entre el número de las distracciones legítimas, fingí que no me apercibia de ello.

Pero al atravesar *San Giovanni á Tudicci*, aldea bastante célebre por la confeccion de los macarroni, un fraile franciscano rebotando salud y con un aspecto magnífico, por ese derecho natural que tienen los frailes napolitanos sobre todos los corricoli, como los ingleses sobre la mar, llamó al cochero y le hizo seña imperiosamente de esperarle. Detuvo Francesco sus caballos con tan perfecta buena fé, que acostumbrado por otra parte á tales asaltos, me habia yo colocado de modo que dejase lugar al

compañero que el cielo me enviaba. Mas apenas el buen fraile se habia aproximado al alcance de la voz, Francesco se quitó su sombrero con gesto burlon, y le dijo con una picante sonrisa: — Perdonad, mi reverendo, pero creo que San Francisco, mi patron y el fundador de vuestra orden, en su vida subió en un corricolo. Si no me engaño se servia de sus sandalias cuando viajaba por tierra, y de un sayal cuando atravesaba el mar. Ahora bien, vuestros zapatos me parecen en muy buen estado, y no veo ni el mas pequeño agujerito en vuestro hábito: asi, pues hermano mio, si quereis ir á Capri, tomad vuestro hábito; si quereis ir á Sorrento, tomad vuestras sandalias. A Dios, mi reverendo.

En esta ocasion la irreligion de Francisco era ya mas evidente. Sin embargo, si su negativa era algo desvergonzada en la forma, en el fondo podia escusarse de cierto modo; porque habiéndome cedido su corricolo, no tenia derecho para admitir en él á otros pasajeros. Quise, pues, aguardar otra ocasion para espresarle mi descontento.

Cuando entráramos en Portici, cerca de una pequeña calle que conduce al puerto del Granatello, observé una enorme cruz pintada de negro, y por bajo de esta cruz un aviso en caractéres gruesos que prevenia fuesen los carruages al paso y á los cocheros que se descubriesen.

Miré rapidamente á Francesco para ver de que modo iba á conformarse con una orden tan sencilla y tan precisa: dándole yo mismo el ejemplo, y debo decirlo, mas bien por un sentimiento de respeto íntimo que por obediencia á las ordenanzas de S. M. Fernando II: Francesco se metió mas el sombrero en la cabeza é hizo salir al galope á sus caballos.

No era ya posible la duda acerca de las intenciones anticristianas de mi conductor. No habia visto una cosa semejante en toda la Italia. Pensé que era ya tiempo de intervenir.

— ¿Por qué no deteneis vuestros caballos? ¿por qué no saludais esa cruz? le pregunté con severidad.

— ¡Bah! me dijo con un tono despreocupado que hubiese hecho honor á un enciclopedista, esa cruz que veis, señor, es la cruz del mal ladron. Los habitantes de Portici la tienen gran veneracion por una razon muy sencilla: son todos ladrones.

La despreocupacion de este hombre echaba abajo todas las ideas que habia concebido yo acerca de la fé sencilla y la ciega supersticion del lazzaroni.

Ne obstante, creí haberme engañado, é iba á volverle mi estimacion viéndole volver á sentimientos mas piadosos. Entre Pórtici y Resina en el punto de union de dos caminos, uno de los cuales conduce á la Favorita y el otro descendiendo al mar, se eleva una de esas capillitas, ante las que los mismos bandidos no pasan sin arrodillarse. La pintura al fresco que sirve de retablo en la pequeña capilla de Resina goza con derecho de una inmensa reputacion en diez leguas á la redonda. Están allí las almas del purgatorio pintadas por el mas vivo bermellon retorciéndose de dolor y de angustia entre llamas tau terribles, que comparado á su interno ardor es un fuego fátuo el del Vesubio.

Al aspecto de la hoguera sobrehumana, espiró la mofa en los lábios de Francesco, llevó maquinalmente la mano á su sombrero y dirigió una mirada á los dos caminos que terminan en ángulo recto en la capilla, como si temiese ser observado por alguno. Pero esta inclinacion buena inspirada por el temor ó por los remordimientos no duró mas que algunos segundos. Tranquilizado por su rápida inspeccion, redobló la alegría y el aplomo de Francesco, y dando rienda suelta á sus burlas y sarcasmos, creyó de su deber hacerme su profesion de fé ó mas bien de incredulidad, haciendo gala de no creer ni en el Purgatorio, ni en el Infierno, ni en Dios, ni en el diablo; y

añadiendo á modo de corolario que todas esas tonterias habian sido inventadas por los curas para esprimir el bolsillo de las pobres gentes bastante sencillas y tímidas para fiarse en sus promesas ó asustarse por sus amenazas.

Francesco me recordaba admirablemente á mi bravo capitán Langle.

Iba á contener aquel desbordamiento de epigramas torpes y de buen humor de encrucijada, cuando Francesco saltando ligeramente á tierra me anunció que habiamos llegado.

— ¡Como! ¿ya? exclamé olvidando mi sermón.

— Es decir, hemos llegado á la parroquia de Resina al pie del Vesubio. Ahora no falta mas que subir.

— ¿Y cómo se sube al Vesubio?

— Hay tres maneras: en silla de manos, á gatas y en burro. Podeis elegir.

— ¡Ah! ¿y cuál de esas tres maneras te parece preferible?

— Toma, eso depende..... Si os decidis por la silla de manos, no teneis mas que alquilar una de esas cajitas pintadas que veis á vuestra izquierda: entrad en ella, cerrad los ojos y dejaos llevar. Al cabo de dos horas os apeareis en la cima de la montaña, pero.....

— ¿Pero qué?

— Con la silla hay muchas probabilidades de desnucarse; ya comprendeis, escelencia..... que cuatro patas se deslizan mejor que dos.

— Entonces hablemos de otra cosa.

— Si trepais á gatas, claro está que ayudándoos con los piés y las manos os esponeis menos á rodar, pero.....

— Todavía, ¿qué hay?

— Hay, escelencia, que os despellejareis los piés sobre la lava, y os quemareis las manos en la ceniza.

— Queda el burro.

— Precisamente es lo que yo tambien os iba á aconse-

jar, por la gran costumbre que ese animal tiene de andar en cuatro patas desde su creacion, y la prudente precaucion que tienen sus amos de ponerle herraduras muy sólidas; pero tambien tiene un pequeño inconveniente.

— ¿Cuál? repliqué yo, impacientado con aquellas fle-máticas objeciones.

— ¿Veis esas buenas gentes, esclencia? me dijo Francesco señalándome con el índice un grupo de lazzaroni que estaban separados como con indiferencia durante nuestra conversacion, observando de reojo el momento favorable para caer sobre su presa.

— ¿Y bien?

— Esas gentes, os son indispensables para subir al Vesubio. Los guias os enseñarán el camino; los ciceroni os explicarán la naturaleza del volcan; los campesinos os venderán su palo ó alquilarán su asno. Pero no está hecho todo con alquilar un asno, se necesita ademas hacerle andar.

— ¡Cómo, bribon! ¿crees que cuando haya montado en mi cabalgadura, y pueda manejar á mi gusto uno de esos magníficos palos de encina que estoy viendo de reojo, no conseguiré hacer andar al burro?

— Perdon, esclencia; no es haceros una ofensa, pero tambien creisteis poder hacer andar mis caballos, y no obstante un caballo es mucho menos tenaz que un burro.....

— ¿Quién será, pues, ese prodigioso domador de fieras, á quien debo llamar en mi auxilio?

— Yo, esclencia, si lo permitís. Voy á encargar cuiden el carruage, á un antiguo camarada, Tonio, y estoy á vuestras órdenes.

— Acepto, á condicion de que me desembarazarás de toda esa gente.

— Sois completamente libre para dejarlos aquí; solo que, los lleveis ó no, es preciso pagarles.

— Veamos, trata de arreglarte con ellos, y que al menos me vea libre de su presencia.

En menos de un cuarto de hora hizo Francesco tan bien su comision que el corricolo estaba recogido, los caballos se refocilaban en la caballeriza, los lazzaroni habian desaparecido y yo montaba en mi asno. Todo esto me costaba dos duros.

¡Pobre animal! bastaba verle para convencerse de que le habia calumniado indignamente. Cuando estuve bien seguro de la docilidad del bruto y de la solidez de mi palo, quise dar una leccioncita de trato de mundo á mi impertinente conductor y apliqué tal golpe sobre la grupa de mi cabalgadura, que creí que por lo menos iba á salir á galope. El burro se quedó quieto; doblé la dosis y no hizo mas movimiento que el que hubiera hecho si, como el perro de Céfalo, se hubiese convertido en piedra. Repetí mi aviso de derecha á izquierda como la primera vez lo habia hecho de izquierda á derecha. El animal giró sobre si mismo con un movimiento de rotacion tan rápido y tan exacto, que antes que yo volviese á levantar el palo habia ya vuelto á su posicion y su inamovilidad primitivas. Indignado de haber sido burlado por aquellas hipócritas apariencias de bondad, descargué una granizada de palos sobre el lomo, sobre la cabeza, sobre el cuarto trasero, sobre las orejas del traidor. Le hacia cosquillas, le pinchaba, agotaba mis fuerzas y mis astucias para hacerle entrar en razon. El atroz animal se contentó con arrodillarse sin dignarse ni aun exhalar un solo rebuzno para lamentarse del modo como se le trataba.

Jadeante, bañado en sudor, me confesé vencido, y supliqué á Francesco acudiese en mi ayuda. Hizolo con completa modestia, justicia que hay que hacerle.

— Nada es mas fácil, esclencia, me dijo: regla general; los burros hacen siempre lo contrario de lo que se les dice. Asi si quereis que vuestro asno marche adelante basta ti-

rarle por detrás; y uniendo la práctica á la teoría, se puso á tirarle suavemente por la cola. El burro salió como una flecha.

— Parece que el animal te conoce, mi querido Francesco.

— Estoy orgulloso de ello, excelencia. Antes de ser cochero, he trabajado con los asnos: les debo mi fortuna.

— ¿Cómo es eso, muchacho?

— ¡Oh Dios mio! dijo Francesco dando un suspiro, no soy yo quien lo ha buscado, y aun, si hubiese podido prever tal horror, jamás, nunca hubiera querido aceptar.

— Pero en fin, esplicate; ¿qué te ha sucedido?

— Estábamos mi asno y yo á la falda de la montaña donde hemos dejado el carruage. Un dia se presentan dos ingleses que me piden les alquile el animal para subir al Vesubio. — Pero sois dos milores, les dije ya, y no tengo mas que un burro. — Eso no importa nada, me responden ellos. — Al menos vais á montar cada uno por turno. Yo quiero á mi animal, y por nada en el mundo quisiera reventarle. — Estad tranquilo, buen hombre, no le montaremos ninguno.

En efecto, se ponen á caminar uno á la derecha y otro á la izquierda respetando mi asno como si llevase reliquias. Esto no me admiraba en ellos; habia oido decir que los ingleses tienen furor por los animales y que hay en su país leyes muy severas contra aquellos que los maltratan.... la prueba es que un inglés puede llevar á su mujer al mercado con la cuerda atada al cuello, siempre que le acomode; pero no se atreveria á permitirse la mas pequeña vejacion contra el último de sus gatos. ¿Esto es muy visto, no es asi, excelencia?

Asi pues, cuando íbamos subiendo, el burro, los viajeros y yo, hé aquí que los dos ingleses, después de haber hablado un poco en su lengua, una endemoniada algarabía ¡á fé mia! — Buen hombre, me dicen, ¿quieres venderme tu asno?

— Es demasiado honor, milores, respondi; ya os he dicho que amo á este animal como á un amigo, como á un compañero, como á un hermano; pero si recibiera lo que vale, y estuviese seguro de que debia caer en manos de personas honradas como vosotros (yo adulaba á los ingleses), no quisiera quitarle su porvenir.

— ¿Y qué precio pides por él, muchacho?

— ¡Cincuenta ducados!... les dije de un golpe. ¡La suma era enorme! Pero yo amaba mucho á mi pobre asno, y necesitaba hacer un gran sacrificio para decidirme á separarme de él.

— Convenido, me responden contándome mi dinero al instante mismo. No era tiempo ya de volverse atrás. Hice comprender á mi asno que su deber era seguir á sus nuevos amos. El pobre animal no se lo hizo repetir dos veces; y apenas le tiré un poco por la cola se puso á trepar osadamente con los ingleses. Habian llegado al borde del crater y se divertian en arrojar piedras al fondo del volcan; inclinaba el asno su cabeza hácia el abismo engolosinado por un poco de espuma verdosa que habia tomado por musgo; yo estaba completamente ocupado en contar mi dinero; cuando de repente oigo un ruido sordo y prolongado.... los dos malditos habian arrojado el pobre animal al fondo del Vesubio y reian como dos salvages, que no otra cosa eran. Os lo confieso, en el primer momento se apoderó de mí una furiosa intencion de enviarlos con mi burro. Pero esto hubiera podido traerme malas consecuencias porque esos ingleses están siempre apoyados por la policia; y por otra parte, como me habian pagado el precio convenido, estaban en su derecho. Al bajar tuve el dolor de reconocer en la base del cono al lado de un agujero que acababa de abrirse la vispera á mi desventurado animal, negro y quemado como un carbon. Los bandidos habian sacrificado á mi burro para ver si habia comunicacion interior entre las dos aberturas. Le lloré largo

tiempo, escelencia; pero como en último resultado no hubieran podido hacerle volver al mundo todas las lágrimas que se derramaran, me casé para consolarme, y compré con el dinero de los ingleses dos caballos y un corricolo.

Escuchando esta lacrimosa relación, llegué á la ermita. Para distraer á Francesco de su dolor, le pregunté si no habria medio de beber un vaso de vino á la memoria del leal animal, y si no seria indiscrecion el reclamar algunos instantes de hospitalidad en la celda del ermitaño.

Al oír la palabra ermitaño toda la melancolía de Francesco se disipó como por encanto, contrajo de nuevo sus labios con picaresca sonrisa, y llamó á la puerta con repetidos golpes.

El ermitaño apareció en el umbral, y nos recibió con una solicitud digna de los primeros tiempos de la Iglesia. Nos sirvió huevos duros, salchichon, una ensalada, y excelentes higos; todo esto remojado con dos botellas de lágrima-Christi de primera calidad, ponderando yo la generosidad de nuestro huésped.

— Esperad la cuenta, me dijo Francesco con malicia.

En efecto, el total de aquella refaccion cristiana ascendía, me parece, á tres duros; era cuatro veces mas que el precio de las posadas comunes.

Después de haber dado gracias á nuestro excelente ermitaño subí hasta la boca del volcan, y bajé hasta el fondo del crater. El lector encontrará mas exactas impresiones magníficamente esplicadas en tres admirables páginas de Chateaubriand, el cual habia verificado antes que yo la misma ascension y la misma bajada.

Durante todo el tiempo que duró nuestro viage, Francesco, bien dispuesto por la superchería de nuestro huésped, no cesó de desahogar su buen humor en los frailes, en los mendicantes, en los ermitaños de todas clases, repitiendo con nueva energia que se dejaría despellejar vivo antes que echar un óbolo en la bolsa de uno de esos intrigantes.

De vuelta á Resina, volvimos á subir en nuestro corricolo, y sus declamaciones subieron de punto al ver á un sacristan que nos saludaba deseándonos buen viage. Comenzaba á desesperar realmente de poderle imponer silencio, cuando en el momento que pasábamos por delante de la capillita de las almas del Purgatorio, le vi interrumpirse bruscamente en medio de su frase; sus megillas palidecieron, sus labios temblaron, y dejó caer el látigo de su mano.

Miré delante de mí para tratar de comprender cuál podría ser la aparición que causaba á mi bravo conductor un espanto tan terrible y vi un pequeño anciano de barba blanca y sedosa, con los ojos bajos y modestos, de fisonomía bondadosa y risueña, que parecia arrastrarse con trabajo, y llevaba el hábito de los capuchinos en toda su rigorosa pobreza.

El santo personage avanzaba hácia nosotros puesta la mano izquierda sobre el pecho y elevada la derecha para presentarnos un cepillo de hoja de lata, en el que estaban reproducidas en miniatura las mismas almas y las mismas llamas que habia en las pinturas de la capilla. Por lo demás, el pobre capuchino no pronunciaba una palabra, limitándose á implorar la caridad de los fieles con su humilde actitud y su elocuente pantomima.

Francesco se bajó temblando, vació su bolsillo en el cepillo del mendicante, y se persignó devotamente besando las almas del Purgatorio; en seguida, volviendo á subir precipitadamente en la trasera del carruage, sacudió á los dos caballos con toda la fuerza de su brazo, como si hubiese tratado de huir de todos los demonios del infierno.

Era yo entonces el incrédulo.

— ¿Qué hay, mi querido Francesco? le dije mofándome á mi vez; esplicadme por qué milagro ese buen capuchino, sin abrir siquiera la boca, os ha convertido tan súbitamente, que en vuestro ardor de neófito le habeis echado en las manos todo lo que teniais en vuestros bolsillos.

— ¡Él un capuchino! dijo Francesco volviéndose para mirar atrás con un resto de terror; es el mas infame bandido de Nápoles y Sicilia, es Pietro. Yo creia que dormia su siesta á estas horas; á no ser asi no me hubiera arriesgado á aproximarme á su capilla, donde roba á los transeuntes con la autorizacion de sus superiores.

— ¡Cómo! ese anciano tan bondadoso, tan bueno, tan venerable.....

— Es un bandido atroz.

— Cuidado, Francesco; vuestra aversion á la gente de iglesia se va haciendo repugnante.

— ¡Él un hombre de iglesia! Os juro, excelencia, por todo lo que hay mas sagrado en el mundo, que es tan fraile como vos y yo. Cuando digo que es un bandido, le llamo por su nombre; es la única cosa que no ha robado.

— Pero entonces, ¿por qué metamórfosis se encuentra transformado en capuchino?

— El diablo se ha hecho ermitaño, y nada mas.....

— ¿Y cómo en un pais tan católico y tan religioso como Nápoles puede permitirse tan indigna profanacion?

— ¿Se trata de pedir un permiso para él? le obtiene.

— Pero ¿y la policia?

— Ni visto ni conocido.....

— ¿Y los carabineros?

— Para serviros.

— ¿Y los gendarmes?

— No parecen.

— ¿Es, pues, un hombre mas determinado que Marco Brandi, mas astuto que Vardarelli, mas imposible de ser cogido que Pascal Bruno?

— Tiene casi la misma importancia, pero no es del mismo género.

— ¡Ah! ¿y cuál es la especialidad de este buen capuchino?

— Los otros se contentaban con robar á los hombres, él roba á Dios.

— ¡Cómo! ¿roba á Dios?

— Cuando digo á Dios, quiero decir á los curas, lo cual viene á ser lo mismo. Los demas bandidos se toman el trabajo de recorrer el campo, de detener los convoyes del rey, de batirse con los gendarmes. El campo de este ha sido siempre la sacristia, sus convoyes el altar, sus enemigos los obispos, los vicarios, los canónigos. Cruz, candeleros, misales, cálices, viriles, nada ha respetado. Ha nacido en la iglesia, ha vivido á espensas de la iglesia, y quiere morir en la iglesia.

— ¿De modo que ese hombre ha sostenido su criminal existencia con sacrilegos robos?

— ¡Oh, Dios mio! asi es; es mas que una costumbre en él, es una vocacion, es una segunda naturaleza. Es so brino de un cura párroco; su madre le habia colocado como era natural en la parroquia en calidad de sacristan, de niño de coro ó monago, no estoy seguro cuáles eran sus verdaderas funciones. Sean las que fueren, el primer golpe de este bandido fué robar el reloj á su reverendo tio.

— ¿Es eso cierto?

— Como tengo el honor de deciroslo, excelencia, y de un modo bien infame, ya vereis. Decia el cura la misa todas las mañanas al rayar el dia, y para que no saliese nadie de la familia, hacia á su sobrino la ayudase. Debo deciros que don Gregorio (don Gregorio se llamaba el cura) era un hombre exactísimo, de muy buen humor, pero que dejaba á un lado las chanzas cuando se trataba de sus deberes, que trataba de ganar su vida honradamente, y era incapaz de estafar á sus feligreses ni en un *Ite missa est*. Asi, como le pagaban tres carlinos por su misa, y debia durar tres cuartos de hora, dejaba don Gregorio su reloj sobre el altar, echaba una mirada al misal, otra al reloj, y en el mismo instante en que la aguja marcaba los cua-

renta y cinco minutos, hacia su última genuflexion, y la misa estaba dicha. Desgraciadamente don Gregorio era corto de vista, por lo que jamás se olvidaba de poner sus anteojos al lado del relój, lo primero para mirar la hora, y ademas para vigilar sobre sus fieles; porque no sé si os he dicho, escelencia, que don Gregorio era cura de Pórtici, y que los habitantes de Pórtici tienen una devocion particular al mal ladron.

— Si, sí, continúa...

— Como es costumbre en la campiña arrodillarse muy cerca del altar para oír mejor el *Memento*...

— ¡Ah! no sabía eso.

— Es muy sencillo, escelencia; cada uno da algo al sacerdote para que recomiende á Dios su negocio: este de su recoleccion, aquel de sus rebaños, otro de sus vendimias; de suerte que á todos les gustaba saber como desempeñaba su encargo....

— Y bien, ¿qué hacia don Gregorio?

— Don Gregorio, al mismo tiempo que leía en su misal y miraba la hora, dirigía de vez en cuando una mirada de reojo á sus vecinos para ver si se aproximaban demasiado á su relój.

— Comprendo.

— Ya veis, pues, escelencia, que no era una cosa fácil quitar el relój á don Gregorio. Pero lo que hubiese sido un obstáculo insuperable para todos, no fué mas que un juego para el sobrino del cura. Su tío era miope; tratabase de volverle ciego, y á esto se reducía todo. ¿Qué hace, pues, el pequeño bandido? En el momento en que don Gregorio se ponía la casulla, pegó dos grandes obleas en los dos cristales de los anteojos, con tal rapidez y destreza, que el digno cura, no creyéndole en la sacristía, le llamó dos ó tres veces para pedirle su solideo. Lo demas puede adivinarse. Don Gregorio sale de la sacristía precedido de su sobrino, sube al altar, abre su misal, levanta

su casulla y su sotana, saca el relój de su bolsillo del chaleco y le coloca delante, todo esto suplicando á sus ovejas no se opriman demasiado; al mismo tiempo busca en el otro bolsillo, toma sus anteojos y los coloca magestuosamente sobre su nariz.

— ¡Jesus Maria! esclama el pobre cura, no veo claro, no veo nada: ¡estoy ciego!

El golpe estaba dado; el relój habia pasado del tío al sobrino. ¿Dónde buscar al ladron cuando se tiene la ventaja de ser cura de Pórtici, y sospechar de uno solo seria evidentemente hacer un agravio á los demas?

— En efecto, debe ser comprometido. Pero ¿por qué encadenamiento de circunstancias el sacristan de Pórtici se ha convertido en el capucho de Resina?

— Desde su primer robo, su vida entera no ha sido mas que un pillage continuo de conventos, monasterios é iglesias. El diablo en persona no hubiera podido imaginar todos los hechos abominables que él ha sabido poner por obra, y siempre con un éxito que parecia un milagro. En fin, escelencia, ¿creeríais que se ha servido de las cosas mas santas para cometer sus mas audaces crímenes? Tantas ceremonias religiosas, otros tantos prete-tos de fractura y escalamiento; tantos bautismos, entierros, matrimonios, otras tantas primas anticipadas sobre la bolsa del prójimo; tantos sacramentos, otros tantos robos. Para deciros siquiera una de sus fechorias: va á confesarse un dia con el tesorero de la capilla de San Genaro, que tiene el privilegio de dar la absolucion de los mas enormes pecados:

— Padre mio, le dice el bribon dándose golpes de pecho, he cometido un crimen horrible.

— Hijo mio, la misericordia de Dios no tiene límites, y yo tengo concedidos por nuestro Santo Padre el papa poderes ilimitados para absolveros; confesadme. pues,

vuestro crimen, y tened completa confianza en la bondad del Señor.

— He robado á un buen sacerdote en el momento mismo en que estaba arrodillado humildemente á sus piés para confesarme.

— Eso es muy grave, hijo mio, y habeis incurrido en la excomunion.....

— Ya lo veis, padre mio.....

— Sin embargo, Dios es misericordioso, y quiere la conversion, no la muerte del pecador.

— ¿Creéis, pues, padre mio, que me perdonará?

— Lo espero: ¿os arrepentís, hijo mio?

— De todo mi corazon.

— Entonces yo os absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

— ¡Así sea! respondió el ladrón levantándose, y se alejó con aire humilde y contrito.

Quando el excelente tesorero quiso levantarse á su vez para subir á su habitacion, se apercibió de que habian desaparecido las hebillas de plata que tenian sus zapatos. Figuraos si el buen sacerdote se pondria furioso, y si el arzobispo de Nápoles solicitaria del rey el arresto del bandido.

— ¿Y jamás lo han conseguido?

— Jamás; el mismo diablo hubiera trabajado en vano para lograrlo. En fin, el jefe de la policia, desesperando de que le prendiesen, le indultó, á condicion de que eligiese un estado, y se condujese en adelante como hombre honrado. Entonces fué cuando pidió con toda impudencia le admitiesen capuchino. Pero no era bastante para eso la palabra del ministro; necesitábase la autorizacion del arzobispo para vestirse el hábito religioso, y el arzobispo sabia muy bien sus fechorias y chascos para concederle semejante autorizacion.

— ¡Diablo! ¿y cómo salvó esta nueva dificultad?

— ¡Oh! no lo fué para él. ¡Ah! exclamó sonriendo, no quiere monseñor darme el permiso, pues bien; le robaré. Como sabia contrahacer diferentes clases de escritura, se fabricó primero un certificado en toda regla, é imitó perfectamente la firma del arzobispo. Quedaba el punto mas difícil: el certificado era nulo sin el sello pontifical, y este sello le aplicaba el mismo monseñor y le llevaba noche y dia en su dedo, en un anillo enriquecido con magníficos diamantes. Tratábase, pues, de robar aquel anillo. El tunante no tardó mucho tiempo en tomar su resoluzion: alquiló un cuartito cerca del palacio arzobispal, se tendió sobre un miserable lecho como un hombre próximo á entregar su espíritu, hizo llamar á un confesor, y despues de haber recibido con una humildad profunda y una devoción ejemplar los Sacramentos de la Iglesia, pidió la gracia de que el arzobispo en persona fuese á administrarle la extrema-uncion, añadiendo que tenia que confiarle un secreto del que pendia la salvacion de su alma. Como el caso era urgente y no parecia que quedaban al moribundo mas que algunos instantes de vida, el arzobispo se apresuró á acceder á la súplica del bandido, y despues de haberle hecho la señal de la cruz en su frente, su boca y su pecho con óleo bendito, se inclinó para recoger sus palabras débiles, y entrecortadas ya por el estertor de la agonía. El moribundo se levantó sobre sus codos por un supremo esfuerzo, y cogiendo la mano del arzobispo, murmuró estas palabras al oido del prelado: — Corred inmediatamente á vuestra casa, monseñor; en tanto que yo espiro aquí, mis cómplices prenden fuego á vuestro palacio.

El azobispo no quiso oír mas; saltó la escalera en tres brinco, atravesó la calle de un paso, y mandó tocar las campanas de alarma. Ni habia fuego, ni complót, ni ladrones, solo si, cuando su eminencia volvió de su espanto, se apercibió de que su anillo habia desaparecido.

Al día siguiente, recibió una carta el arzobispo contenida en estos términos:

« Monseñor, tengo mi certificado, y os volveré vuestra sortija á condicion de que no os opondreis mas á mi vocacion.

« Firmado; EL HERMANO PIETRO, el bandido. »

Desde aquel día, nadie pensó mas en oponerse á la vocacion de Pietro: él mismo pintó en su capillita las almas del purgatorio, y pidió limosna á los viajeros poniéndoles el puñal ó la pistola al pecho.

— El miedo te hace disparatar, pobre Francesco; ese hombre me ha parecido anciano y valetudinario, y por toda arma no nos ha enseñado mas que su cepillo.

— ¡ Oh, el malvado! exclamó Francesco con un nuevo estremecimiento; pues en él está su puñal, allí tiene sus pistolas, esa es su carabina. Edad, enfermedades, devocion, todo eso no es mas que una comedia. Se tragaria de tres bocados un regimiento de dragones. Solo con mostraros el cepillo, os dice: La bolsa ó la vida, ese es su modo. Primero os la presenta del lado de las almas del purgatorio. Si á la primera intimacion le dais limosna, todo está concluido, os da las gracias y podeis marchar en paz; pero si le negais, vuelve el cepillo del otro lado; y ¿sabeis lo que tiene en el otro lado? su propio retrato en su antiguo trage de bandido, armado de su enorme puñal, y por bajo del retrato dice en letras rojas: *Pietro el bandido*.

— ¿Y si no se hace caso de las dos pinturas?

— Entonces se puede liar el hato y prepararse á marchar para el otro mundo. Pero esto jamás sucede. Es demasiado conocido en el país.

Con gran satisfaccion mia, Francesco, siempre bajo la

impresion de su terror, no se atrevió á mofarse de los frailes que nos encontramos en el camino, se descubrió respetuosamente ante la cruz de Pórtici, y recitó una doble oracion al volver á pasar por delante de las estatuas de San Genaro y San Antonio.

¡ Honor, al capuchino de Resina! Acababa de convertir al último volteriano de nuestra época.